

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS

INDICE

LIBRO PRIMERO

- I. La gran sala
- II. Pierre Gringoire
- III. Monseñor el Cardenal
- IV. Maese Jacques Coppenole
- V. Quasimodo
- VI. La Esmeralda

LIBRO SEGUNDO

- I. De Caribdis a Escila
- II. La plaza de Gréve
- III. Besos para golpes
- IV. Los inconvenientes de ir tras una bella mujer de noche por las calles
- V. Prosiguen los inconvenientes
- VI. La jarra rota
- VII. Una noche de bodas

LIBRO TERCERO

- I. Nuestra señora
- II. París a vista de pájaro

LIBRO CUARTO

- I. Las almas piadosas
- II. Claude Frollo
- III. Immanis pecoris custos immanior ipse
- IV. El perro y el dueño
- V. Continuación de Claude Frollo
- VI. Impopularidad

LIBRO QUINTO

- I. Abbas beati Martini
- II. Esto matará aquello

LIBRO SEXTO

- I. Ojeada imparcial a la antigua magistratura
- II. El agujero de las ratas
- III. Historia de una torta de levadura de maíz
- IV. IV. Una lágrima por una gota de agua

- V. Fin de la historia de la torta de maíz

LIBRO SÉPTIMO

- I. Del peligro de confiar secretos a una cabra
- II. Un sacerdote y un filósofo hacen dos
- III. Las campanas
- IV. 'ANAI'KH
- V. Los dos hombres vestidos de negro
- VI. Del efecto que pueden producir siete palabrotas lanzadas al aire
- VII. El fantasma encapuchado
- VIII. Utilidad de las ventanas que dan al río

LIBRO OCTAVO

- I. El escudo convertido en hoja seca
- II. Continuación del escudo transformado en hoja seca
- III. Fin del escudo transformado en hoja seca
- IV. *Larciate ogni speranza*
- V. La madre
- VI. Tres corazones de hombre distintos

LIBRO NOVENO

- I. Fiebre
- II. Jorobado, tuerto y cojo
- III. Sordo
- IV. Loza cristal
- V. La llave de la puerta roja
- VI. Continuación de la llave de la puerta roja

LIBRO DÉCIMO

- I. Gringoire tiene algunas buenas ideas
- II. Haceos truhán.
- III. ¡Viva la alegría!
- IV. Un torpe amigo
- V. El retiro donde el rey de Francia reza sus horas
- VI. Llamita en Baguenaud
- VII. ¡Ayúdanos Chateaupers!

LIBRO UNDÉCIMO

- I. El zapatito
- II. *La creatura bella bianco vestita* (Dance)
- III. El casamiento de Febo
- IV. Casamiento de Quasimodo

Cuando hace algunos años el autor de este libro visitaba o, mejor aún, cuando rebuscaba por la catedral de Nuestra Señora, encontró en un rincón oscuro de una de sus torres, y grabada a mano en la pared, esta palabra:

'ANAIKH (1)

Aquellas mayúsculas griegas, ennegrecidas por el tiempo y profundamente marcadas en la piedra, atrajeron vivamente su atención. La clara influencia gótica de su caligrafía y de sus formas, como queriendo expresar que habían sido escritas por una mano de la Edad Media, y sobre todo el sentido lúgubre y fatal que encierran, sedujeron, repito, vivamente al autor.

Se interrogó, trató de adivinar cuál podía haber sido el alma atormentada que no había querido abandonar este mundo sin antes dejar allí marcado (en la frente de la vetusta iglesia) aquel estigma de crimen o de condenación. Más tarde los muros fueron encalados o raspados (ignoro cuál de estas dos cosas) y la inscripción desapareció. Así se tratan desde hace ya doscientos años estas maravillosas iglesias medievales; las mutilaciones les vienen de todas partes tanto desde dentro, como de fuera. Los párrocos las blanquean, los arquitectos pican sus piedras y luego viene el populacho y las destruye.

Así pues, fuera del frágil recuerdo dedicado por el autor de este libro, hoy no queda ya ningún rastro de aquella palabra misteriosa grabada en la torre sombría de la catedral de Nuestra Señora; ningún rastro del destino desconocido que ella resumía tan melancólicamente.

El hombre que grabó aquella palabra en aquella pared hace siglos que se ha desvanecido, así como la palabra ha sido borrada del muro de la iglesia y como quizás la iglesia misma desaparezca pronto de la faz de la tierra.

Basándose en esa palabra, se ha escrito este libro.

Marzo de 1834

1. Esta palabra griega que significa «fatalidad» será utilizada más tarde por Victor Hugo como título del capítulo IV del libro VII.

NOTA AÑADIDA A LA EDICIÓN DEFINITIVA (1832)

Erróneamente se ha anunciado que esta edición iba a ser aumentada con varios capítulos *nuevos*. Debía haberse dicho *inéditos*. Si al decir nuevos se entiende *hechos de nuevo*, los capítulos añadidos a esta edición no son *nuevos*. Fueron escritos al mismo tiempo que el resto de la obra, datan de la misma época y proceden de la misma inspiración, pues siempre han formado parte del manuscrito de *Nuestra Señora de París*. Además resulta difícilmente comprensible para el autor un posterior añadido de trozos nuevos a una obra de este tipo.

Estas cosas no se hacen a capricho. Una novela nace, según él, de una forma, en cierto modo necesaria, y ya con todos sus capítulos, y un drama nace ya con todas sus escenas. No se crea que queda nada al arbitrio en las numerosas partes de ese todo, de

ese misterioso microcosmo que se llama drama o novela. El injerto o la soldadura prenden mal en obras de este carácter que deben surgir de un impulso único y mantenerse sin modificaciones.

Una vez terminada la obra, no cambiéis de opinión, no la modifiquéis. Cuando se publica un libro, cuando el sexo de la obra ha sido reconocido y proclamado, cuando la criatura ha lanzado su primer grito, ya ha nacido, ya está ahí, tal y como es, ni el padre ni la madre podrían ya cambiarla, pues pertenece ya al aire y al sol y hay que dejarla vivir o morir tal cual es. ¿Que el libro no está conseguido? ¡Qué se le va a hicer! No añadáis ni un solo capítulo a un libro fallido. ¿Que está incompleto? Habría que haberlo completado al coñecerlo. No conseguiréis enderezar un árbol torcido. ¿Que vuestra novela es tísica?, ¿que no es viable?, pues no conseguiréis insuflarle el hálito que le falta. ¿Que vuestro drama ha nacido cojo? Creedme, no le pongáis una pierna de madera.

El autor muestra un gran interés en que el público conozca muy bien que los capítulos aquí añadidos no han sido escritos expresamente para esta reimpresión y que si, en ediciones precedentes no han sido publicados, se debe a razones muy sencillas.

Cuando se imprimía por primera vez *Nuestra Señora de París*, se extravió la carpeta que contenía esos tres capítulos y, o se escribían de nuevo, o se renunciaba a ellos. El autor consideró que los dos únicos capítulos —de los tres extraviados— que podrían haber tenido cierto interés por su extensión, se referían al arte y a la armonía y que, por tanto, no afectaban para nada al fondo del drama y de la novela. El público no habría echado en falta su desaparición y únicamente él, el autor, estaría en el secreto de esta omisión; así, pues, decidió suprimirlos y, puestos a confesarlo todo, hay que decir también que, por pereza, retrocedió ante la tarea de rehacer esos tres capítulos perdidos. Le habría sido más fácil escribir una nueva novela.

Pero ahora, encontrados ya, aprovecha la primera ocasión para restituirlos a su sitio. Esta es, pues, su obra completa tal como la soñó y tal como la escribió, buena o mala, frágil o duradera, pero como él la desea.

No hay duda de que estos capítulos tendrán poco valor a los ojos de lectores, muy juiciosos por lo demás, que sólo han buscado en *Nuestra Señora de París* el drama, la novela, pero quizás otros lectores no consideren inútil estudiar el pensamiento estético y filosófico oculto en el libro, y se complazcan, al leerlo, en desentrañar algo más que la novela en sí misma y —perdónesenos las expresiones un tanto ambiciosas— escudriñar la técnica del historiador y los adjetivos del artista, a través de la creación, mejor o peor, del poeta.

Es para esos lectores sobre todo para quienes los capítulos añadidos en esta edición completarán *Nuestra Señora de París*, si admitimos que merece la pena que esta obra sea completada.

El autor se ocupa en uno de estos capítulos de la decadencia y muerte de la arquitectura actual que, en su opinión, es casi inevitable; esta opinión desgraciadamente se encuentra muy arraigada en él y la tiene muy meditada. Siente, sin embargo, la necesidad de expresar su más vivo deseo de que el futuro le desmienta, pues conoce que el arte en cualquiera de sus manifestaciones puede confiar por completo en las nuevas generaciones cuyo genio comienza ya a sentirse y a apuntar en los talleres del arte. La semilla está en el surco y la cosecha será ciertamente hermosa. Teme sin embargo, y se podrán descubrir las razones en el segundo tomo de esta edición, que la savia haya

podido retirarse de este viejo terreno de la arquitectura que durante tantos siglos ha sido el mejor terreno para el arte.

Existe hoy sin embargo entre los jóvenes artistas tanta vitalidad, tanta fuerza y, si cabe, tanta predestinación, que en nuestras escuelas de arquitectura, a pesar de contar con un profesorado detestable, están surgiendo alumnos que son excelentes; algo así como aquel alfarero del que habla Horacio que pensando en hacer ánforas producía pucheros... *Currit rota, urceus exit* (2)

2 La rueda (del alfarero) gira, sale un cántaro. *Arte Poética* de Ovidio. La frase completa es: Estamos comenzando a hacer un ánfora, ¿por qué no nos sale más que un cántaro de la rueda que gira?

Pero en cualquier caso y cualquiera que sea el futuro de la arquitectura y la forma con que nuestros jóvenes arquitectos den solución en su día a sus problemas artísticos, conservemos los monumentos antiguos, mientras esperamos la creación de otros nuevos. Inspiremos al país, si es posible, el amor a la arquitectura nacional. El autor declara ser éste uno de los objetivos principales de este libro y también uno de los objetivos principales de su vida.

Quizás *Nuestra Señora de París* haya podido abrir perspectivas nuevas sobre el arte En la Edad Media, ese arte maravilloso y hasta ahora desconocido de unos y, lo que es peor, menospreciado por otros; sin embargo el autor se encuentra muy lejos de creer realizada la tarea que voluntariamente se ha impuesto. Ha defendido en más de una ocasión la causa de nuestra vieja arquitectura y ha denunciado en voz alta muchas profanaciones, muchas demoliciones y muchas irreverencias, y seguirá haciéndolo. Se ha comprometido a volver con frecuencia sobre este tema y lo hará; se mostrará incansable defensor de nuestros edificios históricos atacados encarnizadamente por nuestros iconoclastas de escuelas y de academias, pues es lastimoso comprobar en qué manos ha caído la arquitectura de la Edad Media y de qué manera los presuntuosos conservadores de edificios históricos tratan las ruinas de este arte grandioso. Es incluso vergonzante que nosotros, hombres sensibles a él, nos limitemos a abuchear sus actuaciones. No aludimos aquí únicamente a lo que acaece en las provincias, sino a lo que se perpetra en París, ante nuestras puertas, bajo nuestras ventanas, en la gran ciudad, en la ciudad culta, en la ciudad de la prensa de la palabra y del pensamiento. Para terminar estas notas, no podemos evitar el señalar alguno de estos hechos vandálicos, proyectados a diario, iniciados y realizados tranquilamente ante nuestros ojos a la vista del público artista de París, frente a la crítica desconcertada ante tamaña audacia. Acaba de ser derribado el arzobispado, un edificio de gusto dudoso, y el daño no habría sido grande si no fuera porque con el arzobispado ha sido también demolido el obispado, resto curioso del siglo xiv que el arquitecto encargado de su derribo no ha sabido distinguir del conjunto. Así ha arrancado el trigo y la cizaña, ¡qué más da! Se habla también de arrasar la admirable capilla de Vincennes para hacer con sus piedras no sé qué fortificación que para nada habría necesitado Daumesnil. Mientras que, a base de grandes sumas se está restaurando el palacio Borbón, ese viejo caserón, se están destrozando por los vendavales del equinocio los magníficos vitrales de la Santa Capilla. Hace ya días que han puesto unos andamios en la Torre Saint Jacques-de-la-Boucherie y

cualquier día caerá bajo la piqueta. Se ha encontrado un albañil para levantar una casita blanca entre las venerables torres del palacio de justicia y otro para castrar Saint Germain-des-Prés, la abadía feudal de los tres campanarios; y se encontrará otro, no lo dudéis, para acabar con Saint-Germain-L'Auxerrois. Todos estos albañiles se creen arquitectos y llevan uniformes verdes y son pagados minuciosamente por la prefectura. En fin, causan todos los perjuicios que el mal gusto es capaz de concebir.

Cuando escribo estas líneas, uno de ellos ¡deplorable espectáculo!, está encargado de las Tullerías, otro de ellos marca de costurones el rostro de Philibert Delorme (3) y no es ciertamente uno de los menores escándalos de nuestros días el ver con qué desvergüenza la amazotada arquitectura de este hombre destroza una de las más delicadas fachadas renacentistas (4).

París, 20 de octubre de 1832

3. Arquitecto que construyó las Tullerías, bajo el reinado de Enrique II.

4. Hace referencia a Fontaine, arquitecto restaurador del palacio de las Tullerías.

LIBRO PRIMERO

I

LA GRAN SALA

Hace hoy (1) trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diecinueve días que los parisinos se despertaron al ruido de todas las campanas repicando a todo repicar en el triple recinto de la Cité, de la Universidad y de la Ville.

De aquel 6 de enero de 1482 la historia no ha guardado ningún recuerdo. Nada destacable en aquel acontecimiento que desde muy temprano hizo voltear las campanas y que puso en movimiento a los burgueses de París; no se trataba de ningún ataque de borgoñeses o picardos, ni de ninguna reliquia paseada en procesión; tampoco de una manifestación de estudiantes en la Viña de Laas ni de la repentina presencia de Nuestro muy temido y respetado señor, el Rey, ni siquiera de una atractiva ejecución pública, en el patíbulo, de un grupo de ladrones o ladronas por la justicia de París. No lo motivaba tampoco la aparición, tan familiar en el París del siglo XV, de ninguna atractiva y exótica embajada, pues hacía apenas dos días que la última de estas cabalgatas, precisamente la de la embajada flamenca, había tenido lugar para concertar el matrimonio entre el Delfín y Margarita de Flandes, con gran enojo, por cierto, de monseñor el Cardenal de Borbón. que, para complacer al rey, hubo de fingir agrado ante todo el rústico gentío de burgomaestres flamencos y hubo de obsequiarles en su palacio de Borbón con una atractiva representación y una entretenida farsa, mientras una fuerte lluvia inundaba y deterioraba las magníficas tapicerías colocadas a la entrada para la recepción de la embajada.

1. Nota de Víctor Hugo en la página del título de su manuscrito: «He escrito las tres o cuatro primeras páginas de Nuestra Señora de París el 25 de julio de 1830. La revolución de julio me interrumpió. Después vino al mundo mi querida pequeña Adela

(¡bendita sea!) y continuó escribiendo Nuertra Señora de Parír el primero de septiembre; la obra se terminó el 15 de enero de 1831.» Adela nació el segundo día de la revolución.

Lo que aquel 6 de enero *animaba de tal forma al pueblo de París*, como dice el cronista Jehan de Troyes, era la coincidencia de la doble celebración, ya de tiempos inmemoriales, del día de Reyes y la fiesta de los locos.

Ese día había de encenderse una gran hoguera en la plaza de Grévez⁽²⁾, plantar el mayo en el cementerio de la capilla de Braque y representar un misterio⁽³⁾ en el palacio de justicia.

La víspera, al son de trompetas y tambores, criados del preboste de París, ataviados de hermosas sobrevestas de camelote co. for violeta, y con grandes cruces blancas bordadas en el pecho, habían ya hecho el pregón por las plazas y calles de la villa y una gran muchedumbre de burgueses y de burguesas acudía de todas partes, desde horas bien tempranas, hacia alguno de estos tres lugares mencionados, escogiendo según sus gustos la fogata, el mayo o la representación del misterio. Conviene precisar, como elogio al tradicional buen juicio de los curiosos de París, que la mayoría de la gente tomaba partido por la hoguera, lo que era muy propio dada la época del año o por el misterio que por ser representado en la gran sala del palacio, cubierta y bien cerrada, se encontraba al abrigo y que la mayor parte dejaba de lado al pobre «mayo» mal florido, temblando de frío y solito bajo el cielo de enero en el cementerio de la capilla de Braque.

(2) Lo que hoy es la plaza del Hôtel de ville (Ayuntamiento) se conocía como plaza de Grève hasta 1830. Bajaba suavemente hasta el río Sena. En la Edad Media era el punto de reunión de los obreros sin trabajo.

Bajo el antiguo régimen, los burgueses y demás gentes del pueblo que habían sido condenados a muerte, eran ahorcados en esta plaza. Los nobles o personajes de relieve eran decapitados allí mismo con hacha o con espada, y los culpables de herejía eran quemados vivos, así como muchos de los acusados de brujería. A los asesinos se les colocaba en la «rueda» y a los acusados de crímenes de lesa majestad se les descuartizaba.

(3) Parece como si Víctor Hugo mezclase deliberadamente (para dar quizás mayor densidad a las fiestas de gran regocijo popular) épocas y fiestas diversas. Así, tenemos en efecto que la Edad Media celebraba el carnaval durante dos meses y el autor ha unido estas celebraciones con la «plantación del mayo», que en su origen era un árbol verde adornado de cintas que se plantaba con mucha pompa el primero de mayo. La fiesta del seis de enero tenía en la Edad Media un gran relieve popular y la fiesta de los locos (heredera de las antiguas saturnales) se situaba en fecha variable entre diciembre y enero. Estaba, en principio, reservada al bajo clero, que en ella encontraba motivos para protestar contra las más altas jerarquías. Degeneró y acabó siendo prohibida, aunque era más bien una prohibición de derecho que no de hecho.

Los comentaristas resaltan que aquí, como un porn más adelante, al hablar del teatro medieval, Víctor Hugo confunde los misterios -de tema religioso- y las moralités o rotiers -representaciones profanas de tema moral o de reflexión.

La afluencia de gente se concentraba sobre todo en las avenidas del Palacio de justicia pues se sabía que los embajadores flamencos, llegados dos días antes, iban a asistir a la representación del misterio y a la elección del papa de los locos que se iba a realizar precisamente en aquella misma sala.

No era nada fácil aquel día poder entrar en la Gran Sala, famosa ya por ser considerada la sala cubierta más grande del mundo (si bien es cierto que Sauval no había aún medido la gran sala del palacio de Montargis).

La plaza del palacio, abarrotada de gente, ofrecía a los curiosos que se encontraban asomados a las ventanas, la impresión de un mar, en donde cinco o seis calles, como si de otras tantas desembocaduras de ríos se tratara, vertían de continuo nuevas oleadas de cabezas. Las oleadas de tal gentío, acrecentadas a cada instante, chocaban contra las esquinas de las casas, que surgían, como si de promontorios se tratara, en la configuración irregular de la plaza.

En el centro de la alta fachada gótica del palacio, la gran escalinata utilizada sin cesar por un flujo ascendente y descendente de personas, interrumpido momentáneamente en el rellano, se expandía en oleadas hacia las dos rampas laterales. Pues bien, esa escalinata vertía gente incesantemente hacia la plaza como una cascada sus aguas en un lago.

Los gritos, las risas, el bullicio de la muchedumbre, producían un inmenso ruido y un clamor incesante. De vez en cuando el bullicio y el clamor se acrecentaban y el continuo trasiego de la multitud hacia la escalera provocaba avalanchas motivadas tanto por los empujones de algún arquero, al abrirse camino, como por el cocear del caballo de algún sargento del preboste enviado al lugar para restablecer orden; tradición admirable esta que los prebostes(4) han dejado a los condestables, éstos a su vez a los mariscales y así hasta los gendarmes de nuestros días.

4. El preboste era, en general, un oficial de la gendarmería. Tenía a su cargo diversas funciones de policía general o judicial. Existían el preboste real, el preboste de los mercaderes, etcétera.

Ante las puertas, en las ventanas, por las luceras o sobre los tejados, pululaban millares de rostros burgueses, tranquilos y honrados que contemplaban el palacio observando el gentío y contentándose sólo con eso; la verdad es que existe mucha gente en París que se satisface con el espectáculo de ser espectadores, pues a veces ya es suficiente entretenimiento el contemplar una maravilla tras la cual suceden cosas.

Si nos fuera permitido a nosotros, hombres de 1830, mezclarnos con el pensamiento a estos parisinos del siglo XV, y penetrar con ellos, zarandeados y empujados en aquella enorme sala del palacio, tan estrecha aquel 6 de enero de 1482, no habría dejado de ser interesante y encantador el espectáculo de vernos rodeados de cosas que, por ser tan antiguas, las hubiéramos considerado como nuevas.

Si el lector nos lo permite, vamos a intentar evocar con el pensamiento la impresión que habría experimentado al franquear con nosotros el umbral de aquella enorme sala y verse rodeado por una turba vestida con jubón, sobrevesta y cota...

En primer lugar zumbidos de orejas y deslumbramiento en los ojos. Por encima de nuestras cabezas una doble bóveda ojival artesonada con esculturas de madera pintada en azul y con flores de lis doradas y bajo nuestros pies un pavimento de mármol alternando losas blancas y negras. A nuestro lado un enorme pilar y luego otro y otros más, hasta siete pilares en la extensión de aquella enorme sala sosteniendo en la mitad de su anchura los arranques de la doble bóveda y, en torno a los cuatro primeros pilares, tiendas de comerciantes deslumbrantes de vidrios y de oropeles y, en torno a las tres últimas, bancos de madera de roble, gastados ya y pulidos por las calzas de los pleiteantes y las togas de los abogados.

Rodeando la sala y a lo largo de sus muros entre las puertas, entre los ventanales, entre los pilares, la fila interminable de las estatuas de todos los reyes de Francia, desde Faramundo: los reyes holgazanes con los brazos caídos y los ojos bajos; los reyes valerosos y batalladores con sus manos y sus cabezas orgullosamente dirigidas al cielo. Además, en las altas ventanas ojivales, vitrales de mil colores y en los amplios accesos a la sala, riquísimas puertas delicadamente talladas y en conjunto, bóvedas, pilares, muros, chambranas, artesonados, puertas, estatuas, todo recubierto de arriba a abajo por una espléndida pintura azul y oro que, un porn descolorida en la época en que la vemos, había casi desaparecido bajo el polvo y las telarañas en el año de gracia de 1549 en que Du Breul la admiraba todavía.

Imaginemos ahora esa inmensa sala oblonga, iluminada por la claridad tenue de un día de enero, invadida por un gentío abigarrado y bullicioso deambulando a lo largo de los muros y girando en torno a sus siete pilares y obtendremos así una idea, un tanto confusa aún, del conjunto del cuadro cuyos detalles más curiosos vamos a intentar resaltar.

Es claro que si Ravailac no hubiera asesinado a Enrique IV, no habría habido pruebas del proceso Ravailac depositadas en la escribanía del Palacio de justicia, ni tampoco cómplices interesados en su desaparición, ni incendiarios obligados, a falta de algo mejor, a pegar fuego a la escribanía para hacerlas desaparecer ni a incendiar el Palacio de justicia para hacer desaparecer la escribanía y en fin, en buena lógica tampoco se habría producido el incendio de 1618 y el viejo palacio permanecería aún en pie con su inmensa sala y podría yo decir al lector: «Id a verla» y así unos y otros evitaríamos: yo hacerla y él leer una descripción quizás no muy buena. Todo esto viene a probar que los grandes acontecimientos tienen consecuencias incalculables.

También es cierto en primer lugar que Ravailac no tenía cómplices y en segundo lugar que sus cómplices, de haberlos tenido, claro, no habrían estado implicados en el incendio de 1618. Existen otras dos explicaciones muy plausibles. La primera, la gran estrella en llamas de un pie de ancha y de un codo de alta que, como todo el mundo sabe, cayó del cielo sobre el palacio el siete de marzo pasada la media noche; en segundo lugar, está la cuarteta de Theophile: «Certes, ce fut un triste jeu, / Quand à Paris dame justice, / Pour avoir mangé trop d'épice, / se mit tout le palais en feu» (5).

5. Sin duda fue un triste juego, / Cuando en París la Señora justicia, Por haber comido demasiadas especias, / Puso fuego a todo su palacio.

Se piense lo que se piense de esta triple explicación política, física o poética del incendio del Palacio de justicia en 1618, lo cierto es que desgraciadamente éste se produjo.

Hoy, a causa de esta catástrofe, queda muy poco del palacio, gracias también a las sucesivas restauraciones que se han realizado y que han acabado con lo que el fuego había respetado. Queda muy poca cosa ya de la que fue primera residencia de los reyes de Francia, muy poca cosa de este palacio, hermano mayor del Louvre, de este palacio en el que en tiempos de Felipe el Hermoso buscaban los restos de las magníficas construcciones realizadās por el rey Roberto y descritas por Hergaldo. Casi todo ha desaparecido. ¿Qué se ha hecho del salón de la Cancillería en el que el rey San Luis «consumó su matrimonio»? ¿Y del jardín en donde él mismo administraba justicia «revestido de una cota. de camelote, con una sobrevesta de Tiritaña, sin mangas, y con una túnica de sándalo negro sobre los hombros, echado en un hermoso tapiz y con Joinville al lado»? (6) ¿Dónde está la cámara del Emperador Segismundo? ¿Y la de Carlos IV? ¿Y la de Juan sin Tierra? ¿Dónde aquella escalinata desde la que Carlos VI promulgó su edicto de gracia? ¿Y la losa en la que Marcel degolló, en presencia del Delfín, a Robert de Clermont y al mariscal de Champagne? ¿Y la portilla donde fueron rotas las bulas del antipapa Benedicto y por donde se marcharon los que las habían traído, castrados y encapirotados, con mofas y cantando la palinodia por todo París? ¿Y la gran sala con sus dorados, sus azules, sus ojivas, sus estatuas y pilares y su bóveda inmensa toda esculpida? ¿Y la cámara dorada? ¿Y el león de piedra que había en la entrada con la cabeza baja y la cola entre las piernas, como los leones del trono de Salomón en actitud sumisa como cuadra a la fuerza cuando se encuentra ante la justicia? ¿Y las hermosas puertas? ¿Y los bellísimos vitrales? ¿Y los herrajes cincelados que provocaban la envidia de Biscornette? ¿Y las delicadas obras de ebanistería de Du Hancy?... ¿Qué han hecho el tiempo y los hombres de tales maravillas? ¿Qué hemos recibido por todo eso, por toda esta historia gala, por todo este arte gótico?

Por lo que al arte se refiere, las pesadas cimbras rebajadas de M. de Brosse, este torpe arquitecto del pórtico de Gervais y, en cuanto a la historia, los recuerdos parlanchines del gran pilar en donde aún resuenan los comadreos de los Patru (7).

No es mucho, la verdad, pero volvamos a la auténtica gran sala del verdadero y viejo palacio.

Las dos extremidades de este gigantesco paralelogramo estaban ocupadas, una por la famosa mesa de mármol, tan larga, tan ancha, tan gruesa como jamás se vio -dicen los viejos pergaminos en un estilo que hubiera provocado el apetito de Gargantúa-, Hremejante loncha de mármol en el mundoH, otra por la capilla en donde Luis XI se había hecho esculpir de rodillas ante la Virgen y a donde había hecho llevar sin preocuparle un ápice los dos nichos vacíos que dejaba en la fila de las estatuas reales, las de Carlomagno y San Luis, dos santos a los que suponía él gran influencia en el cielo por haber sido reyes de Francia.

6. Jean Sire de joinville escribió, solicitado por la reina Juana mujer de Felipe el Hermoso, una Historia de San Luis (Luis IX, rey de Francia de 1226 a 1270, hijo de Luis VIII y de Blanca de Castilla). Dentro de esa historia de San Luis, uno de los pasajes más celebrados es el del rey administrando justicia en el jardín de Vincennes, o en el jardín al que se hace alusión en el texto.

7. Olivier Patru, famoso abogado y profesor de Boileau (1604-1681).

La capilla aún nueva, construida hace apenas seis años, tenía ese gusto encantador de arquitectura delicada, de escultura admirable, finamente cincelada, que define en Francia el fin del gótico y continúa hasta mediados del siglo XVI en esas fantasías esplendorosas del Renacimiento. El pequeño rosetón abierto sobre el pórtico era una obra maestra de delicadeza y de gracia, habríase dicho una estrella de encaje.

En el centro de la sala frente a la puerta, se alzaba un estrado de brocado de oro, adosado al muro, en donde se había abierto un acceso privado mediante una ventana al pasillo de la cámara dorada para la legación flamenca y los demás invitados de relieve a la representación del Misterio.

En esa mesa de mármol, según la tradición, debía representarse el misterio y a tal fin había sido ya preparada desde la mañana. La rica plancha de mármol muy rayada ya por las pisadas, sostenía una especie de tablado bastante alto, cuya superficie superior, bien visible desde toda la sala, debía servir de escenario y cuyo interior, disimulado por unos tapices, serviría de vestuario a los diferentes personajes en la obra. Una escalera, colocada sin disimulo por fuera, comunicaría el escenario y el vestuario y sus peldaños asegurarían la entrada y salida de los actores. No había personaje alguno, ni peripecia, ni golpe de teatro que no necesitara servirse de aquella escalera ¡inocente y adorable infancia del arte y de la tramoya!

Cuatro agentes del bailío del palacio, guardianes forzosos de todos los placeres del pueblo, tanto en los días de fiesta como en los días de ejecución, permanecían de pie en cada una de las cuatro esquinas de la mesa de mármol.

La representación tenía que comenzar tras la última campanada de las doce del mediodía en el gran reloj del palacio. No era muy pronto precisamente para una representación teatral, pero había sido preciso acomodarse al horario de los embajadores flamencos.

Ocurría, sin embargo, que todo aquel gentío estaba allí desde muy temprano y no pocos de aquellos curiosos temblaban de frío desde el amanecer ante la gran escalinata del palacio. Los había incluso que afirmaban haber pasado la noche a la intemperie, tumbados ante el gran portón, para tener la seguridad de entrar los primeros. La muchedumbre crecía por momentos y, como el agua que rebasa el nivel, empezaba a trepar por los muros, a agolparse en torno a los pilares, a amontonarse en las cornisas, en las balaustradas de los ventanales y en todos los salientes y relieves de la fachada. Por todo ello las molestias, la impaciencia, el aburrimiento, la libertad de un día de cinismo y de locura, las discusiones que surgían por un brazo demasiado avanzado, un zapato demasiado apretado el cansancio de la larga espera, daban ya, bastante antes de la hora de llegada de los embajadores, un ambiente enconado y agrio al bullicio de toda aquella gente encerrada, apiñada, empujada, pisoteada y sofocada. No se oían más que quejas e improperios contra los flamencos y el preboste de los comerciantes, contra el cardenal de Borbón y el bailío de palacio, contra Margarita de Austria(8), contra los alguaciles, o contra el frío, el calor, o el mal tiempo, o el obispo de París o contra el papa de los locos, las pilastras las estatuas... contra una puerta cerrada o una ventana abierta. Todo ello para gran diversión de bandas de estudiantes o de lacayos que, diseminados

entre la multitud, se aprovechaban del malestar general para, con sus bromas, provocar y aguijonear, por decirlo de alguna manera, aquel mal humor general.

8. Margarita de Austria era la «prometida» del delfín y tenía, a la sazón, tres años.

Había entre otros un grupo de estos alegres demonios que, después de haber destrozado la cristalera de un ventanal, se había sentado descaradamente en la repisa y desde allí lanzaban sus miradas y sus burlas, tanto a los de adentro, como a los de afuera.

Por sus gestos, sus risas estentóreas, por las llamadas burlonas que se hacían de una a otra parte de la sala, se deducía con facilidad que para aquellos estudiantes no contaba el cansancio que invadía al resto de los asistentes y que disfrutaban con el espectáculo que se producía ante sus ojos esperando que aquello continuara.

-¡Por mi alma que vos sois Joanner Frollo de Molendino! -exclamó uno de ellos dirigiéndose a una especie de diablejo rubio, de buen ver y cara de picaro, que se apoyaba en las hojas de acanto de uno de los capiteles-. Vos sois el que llaman Juan del Molino, por vuestros dos brazos y vuestras dos piernas que se asemejan a las aspas movidas por el viento. ¿Desde cuándo estáis ahí?

-Por todos los diablos -respondió Joanner Frollo-, más de cuatro horas llevo ya y espero me sean descontadas de mi tiempo en el purgatorio. Me he oído a los cuatro sochantres del rey de Sicilia entonar el versículo primero de la misa mayor de las siete en la Santa Capilla.

-Son magníficos -replicó el otro-, y su voz es más aguda aún que sus bonetes. Antes de fundar una misa para San Juan, el Rey debería haberse informado de si a San Juan le gusta el latín cantado con acento provenzal.

-¡Sólo lo ha hecho para dar empleo a esos malditos chantres del Rey de Sicilia! -exclamó secamente una vieja del gentío, situada bajo el ventanal-. ¡No está mal! ¡Mil libras parisinas por una misa!, ¡y por si fuera poco con cargo al arrendamiento de la pesca de mar del mercado de París!

-Calma, señores -replicó un grave personaje, rechoncho que se tapaba la nariz junto a la vendedora de pescado-, había que fundar una misa, ¿no?, ¿o queréis que el rey vuelva a enfermar?

-Así se habla, sire Gille Lecornu, maestro peletero y vestidor del Rey -exclamó el estudiante desde el capitel.

Una carcajada de todos los estudiantes acogió el desafortunado nombre del pobre peletero y vestidor real.

-El Cornudo ¡Gil Cornudo! -decían unos.

-*Cornutus et hirsutus* -replicaba otro.

-Pues claro -añadía el diablejo del capitel-, ¿de qué se ríen? Es el honorable Gil Cornudo, hermano de maese Juan Cornudo, preboste del palacio del Rey, a hijo de maese Mahiet Cornudo, portero primero del Parque de Vincennes, burgueses todos de París y todos casados de padres a hijos.

La algazara aumentaba y el obeso peletero del rey, sin decir palabra, procuraba sustraerse a las miradas que le clavaban de todos los lados, pero en vano sudaba y resoplaba pues, como una cuña que se clava en la madera, todos sus esfuerzos no

servían sino para encajar su oronda cara roja de ira y de despecho en los hombros de quienes le rodeaban. Finalmente uno de ellos, gordo y bajo, y honrado como él, salió en su ayuda:

-¡Maldición! ¡Estudiantes hablando así a un burgués! En mis tiempos se los habría azotado y con palos que luego habrían servido para quernarlos.

Al oír esto, toda la banda se rió a carcajadas.

-¡Hala! ¿Quién canta tan fino? ¿Quién es ese pájaro de mal ágüero?

-¡Toma!, ¡si yo le conozco!: es maese André Musnier.

-¡Claro!, como que es uno de los cuatro libreros jurados de la Universidad! -dijo otro.

-Todo es cuádruple en esa tienda -añadió un tercero-: las cuatro naciones⁹), las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores, los cuatro libreros.

9 Los estudiantes estaban repartidos en cuatro especies de «congregaciones»: Francia, Picardía, Normandía, Alemania, que eran a la vez Cofradías, asociaciones y organismos administrativos.

-Pues habrá que armarles un follón de todos los demonios -dijo Jean Frollo.

-Musnier, te quemaremos los libros.

-Musnier, apalearemos a tus lacayos.

-Musnier, nos meteremos con tu mujer, con la gorda de la señora Oudarda que está tan fresca y alegre como si estuviera viuda.

-¡Que el diablo os lleve! -masculló maese André Musnier.

-Maese Andrés- dijo Juan Frollo, colgado aún de su capitel-, o te callas o me tiro encima. Entonces maese Andrés levantó la vista como para medir la altura del pilar y el peso del guasón, multiplicó su peso por el cuadrado de la velocidad y se calló.

Juan, dueño ya del campo de batalla, dijo altaneramente:

-Te aseguro que lo haré aunque sea hermano de un archidiácono. ¡Vaya gentuza nuestros señores de la Universidad! ¡Ni siquiera han sabido hacer respetar nuestros privilegios en un día como el de hoy! Porque en la Ville tenemos hoy el fuego y el mayo; misterio, papa de los locos y flamencos en la Cité, y en la Universidad, nada.

-¡Aunque la plaza Maubert es lo suficientemente grande! -dijo uno de los estudiantes que estaban sentados en la repisa de la ventana.

-¡Abajo el rector, los electores y los procuradores! -gritó Juan.

-Habrá que hacer otra fogata esta tarde en el Champ-Gaillard, con todos los libros de maese Andrés -replicó el otro.

-¡Y con los pupitres de los escribas!

-¡Y con las varas de los bedeles!

-¡Y con las escupideras de los decanos!

-¡Y con las arcas de los electores!

-¡Y con los escabeles del rector!

-¡Fuera! -replicó, zumbón, el pequeño Juan-, fuera maese Andrés, bedeles y escribas. ¡Fuera teólogos, médicos y decretistas! ¡Fuera los procuradores, fuera los lectores, fuera el rector!

-¡Es el fin del mundo! -murmuró maese Andrés, tapándose los oídos.

-A propósito, ¡mirad, el rector! ¡Miradle ahí, en la plaza! -gritó uno de los de la ventana y todos se volvieron a mirar hacia la plaza.

-¿Es de verdad nuestro venerable rector, maese Thibaut? -preguntó Juan Frollo del Molino, que no podía ver lo que ocurría en la plaza, por estar asido a uno de los pilares interiores.

-Sí, sí -respondieron los otros-; seguro que es él, el rector.

En efecto, en aquel momento el rector y todos los representantes de la Universidad se dirigían en grupo hacia la embajada y estaban cruzando la plaza del palacio.

Los estudiantes, apiñados en la ventana, les saludaron al pasar con mofas y aplausos irónicos. El rector, que encabezaba la comitiva, recibió la primera andanada, que no fue pequeña.

-¡Buenos días, señor rector!; ¡hola a los buenos días!

-¿Cómo así por aquí, jugador empedernido? ¿Así que habéis dejado vuestra partida de dados?

-¡Mira cómo trota en su mula! ¡Pero si sus orejas son más grandes que las de ella!

-¡Hola, hola! ¡A los buenos días, señor rector Thibaut!

-¡Tybalde aleator!(10); ¡jugador, viejo imbécil!

-¡Que dios os guarde! ¿Os han salido seis dobles esta noche?

-¡Mírale! ¡Mira qué cara arrugada y pastosa de tanto jugar a los dados!

-¿A dónde vais así Tybalde ad dados(11), de espalda a la Universidad, trotando hacia la Ville?

-Seguro que va a buscar su tugurio de la calle Thibautodé(12) -exclamó Juan del Molino. Toda la banda acogió la rechifla con voz de trueno y aplausos furiosos.

-Vais a buscar vuestro tugurio de la calle Thibautodé, ¿no es así, señor rector, jugador del demonio?

Después les tocó a los demás dignatarios.

-¡Fuera los bedeles! ¡Fuera los maceros!

-Eh, oye, Robin Poussepain, ¿quién es ese tipo?

-¡Pero si es Gilbert de Sully, *Gilbertus Soliaco*, el canciller del colegio de Autun.

-Eh, tú que estás mejor situado que yo, toma mi zapato y tíraselo a la cara.

-*Saturnalitias mittimut ecce nucets*(13).

-¡Mueran los seis teólogos con sus sobrepellizas blancas!

-Ah, ¿pero son los teólogos?; creí que eran las seis ocas blancas que Santa Genoveva regaló a la Ville por el feudo de Roogny.

10. Thibaut, jugador de dados.

11. Thibaut de los dados (en latín macarrónico).

12. Thibaut-aux-dés; Thibaut de los dados (juego de palabras en francés).

13. Mira, te envió nueces de las saturnales (Marcial, *Epigramru*, VII, 91, 2). La gente se tiraba nueces durante las saturnales romanas.

-¡Fuera los médicos!

-¡Fuera diputados y cardenales!

-¡Ahí va mi birrete, canciller de Santa Genoveva! ¡Me hicisteis una faena! ¡Os digo que es cierto!, mi puesto en la nación de Normandía se lo dio al pequeño Ascanio Falzaespada, de la pro-, vincia de Burges, que era italiano.

-¡Es una injusticia! -gritaron los demás estudiantes-. ¡Fuera el Canciller de Santa Genoveva!

-Eh, eh, ¡Fijaos! Es Maese Joaquin de Ladehors.

-¡Anda! y Luis Dahuille y Lamberto Hoctement.

-¡Que el diablo se lleve al procurador de la nación alemana!

-¡Y a los capellanes de la Santa Capilla con sus mucetas grises! ¡*Cum tunicis grisis!*

-¡*Seu de pellibus grisis funatis!*(14)

-¡Mira los maestros en artes! ¡Bonitas capas negras! ¡Qué bonitas capas rojas!

-¡Mira!, ¡Parecen la cola del rector! Se diría que es un dux veneciano ataviado para sus bodas con el mar.

-Eh, Juan, mira: ¡Los canónigos de Santa Genoveva!

-¡Al diablo la canonjía!

-Y ahora el Abad Claud Choart. Doctor Claudio Choart, ¿buscáis acaso a María Giffarde? La hallaréis en la calle Glatigny, preparando el lecho del rey de los ribaldos.

-Paga sus cuatro denarios; *quatuor denarios*.

-*Aut unum bombum*(15).

-¿Queréis que os lo haga gratis?

-¡Compañeros! maese Simon Sanguin, elector de la Picardía, con su mujer a la grupa.

-*Port equitem sedet altra cura* (16).

-¡Ánimo, maese Simon!

-¡Buenos días señor elector!

-¡Buenas noches señora electora!

-¡Qué suerte tienen de verlo todo!-, suspiraba *Joannes de Molendino*, agarrado aún a la hojarasca de su capitel y mientras tanto el librero jurado de la Universidad maese Andrés Musnier, hablaba al oído del peletero real, maese Gil Lecornu.

-Os digo que éste es el fin del mundo, jamás se han visto tales desmanes entre los estudiantes y todo ello es debido a los malditos inventos modernos que echan todo a perder; las artillerías las serpentinas, las bombardas, pero sobre todo la imprenta, esa peste llegada de Alemania. Ya no se hacen libros ni manuscritos, la imprenta hunde a la librería. Esto es el fin del mundo.

14. Con sus tunicas grises, o forradas de pieles grises.

15. O una bomba.

16. El caballero lleva a la grupa la negra preocupacines.

-Yo ya lo había observado en el aumento de yentas de terciopelo -dijo el peletero. Justo entonces sonaron las doce.

-¡Ah...! -coreó la multitud al unísono. Los estudiantes se callaron y se produjo luego un enorme revuelo, un movimiento continuo de pies y de cabezas, carraspeos conscantes... Todo el mundo se acomodó, se situó, se colocó, se agrupó. Se produjo luego un silencio con las cabezas levantadas, las bocas abiertas y las miradas fijas codas en la mesa de mármol, pero no aparecía nadie en la mesa. Los cuatro guardías del bailío seguían allí,

tiesos a inmóviles como cuacro estatuas. Las miradas se dirigieron hacia el estrado, reservado a la legación flamenca, mas la puerta permanecía cerrada y el estrado vacío. Todo aquel gentío no esperaba más que ores cosas desde bien temprano: que dietan las dote, que apareciera la legación flamenca y que empezara el misterio; y hasta ahora sólo habían dado las dote. Aquello era por demás.

Esperaron todos uno, dos, tres, cinco minutos, un cuarto de hora y nada; el estrado concinuaba desierto y el escenario vacío. A la impaciencia siguió la cólera; se protestaba en voz baja todavía, con gesto irritado: ¡el miscerio!, ¡el misterio! murmuraba apagamence el gentío; el ambiente se iba calentando. Una cempestad, aunque de momento sólo eran cruenos, se estaba preparando entre aquella multitud y fue Juan del Molino quien produjo el primer chispazo:

-¡El misterio ya y al diablo los flamencos! -dijo a voz en grito enroscándose al capitel como una culebra. La genre aplaudió con Bran calor.

-El misterio -repitieron todos-; ¡al diablo con Flandes!

-Queremos el misterio inmediatamente -dijo el estudiantce-, o a fe mía que colgamos al bailío a guisa de farsa y representación.

-¡Así se habla! -exclamó la muchedumbre-, y empecemos por colgar a los guardias-. Una Bran aclamación acogió estas palabras al tiempo que los cuacro pobres diablos palidecieron y se miraban incrédulos.

La genre se avalanzó sobre ellos, y veían cómo la débil balaustrada de madera que les separaba se curvaba y cedía ante la presión del gencío.

La situación era crítica.

-¡A ellos! ¡A ellos! -gritaban de todas partes. Justo en ese momento la tapicería del vestuario, ya descrita, se levantó y dio paso a un personaje ante cuya vista cesó súbitamente todo y la cólera se trocó en curiosidad como por arte de magia.

-¡Silencio! ¡Silencio!

El personaje, nada tranquilo y temblando como una hoja, avanzó hacia la mesa de mármol, haciendo reverencias a diestro y siniestro, que parecían más bien genuflexiones a medida que se iba acercando.

Ya la calma se había restablecido un tanto y sólo se oía ese ligero murmullo que surge siempre entre el silencio de la multitud.

Y el personaje comenzó a hablar:

-Señores burgueses, señoritas burguesas: vamos a tener el honor de declamar y representar ante su eminencia el señor cardenal un bellissimo paso que lleva por título *El recto juicio de Nuestra Señora la Virgen María* y en él yo hago el papel de Júpiter. Su eminencia acompaña ahora a la muy honorable embajada de monseñor el duque de Austria que se encuentra en estos momentos oyendo el discurso del Señor Rector de la Universidad en la puerta de Baudets. En cuanto llegue su Eminencia el Cardenal, daremos comienzo a la represenración

Nada menos que la intervención de Júpiter fue, pues, necesaria para salvar a los cuatro desdichados guardias del bailío de palacio.

Si hubiéramos tenido la dicha de haber inventado esta historia verídica y por consiguiente ser los responsables de ella ante nuestra señora la crítica, no podría habérsenos aplicado el precepto clásico *Nec dens intersit*(17). Por otra parte el traje de júpiter era muy atractivo y contribuyó no poco a calmar al gentío, atrayendo hacia él su

atención. Júpiter estaba vestido con una brigantina cubierta de terciopelo negro adornada con clavos dorados a iba tocado con un bicoquete guarnecido de botones de plata dorada y, de no ser por el maquillaje y la espesa barba que le tapaban cada uno la mitad de la cara, o por el rollo de cartón dorado cuajado de lentejuelas y cintas relucientes que empuñaba en su mano y en el que cualquier experto habría reconocido fácilmente el rayo, o, si no hubiera sido por sus piernas, color carne, con cintas entrecruzadas al estilo griego, se le podría haber tomado, tal era la seriedad de su atuendo, por un arquero bretón de la guardia del señor de Berry.

17. Y que no intervenga ningún Dios (Horacio, *Arte poética*, 190)

II

PIERRE GRINGOIRE (18)

Sin embargo, mientras hablaba, la satisfacción y la admiración provocadas por su vestimenta se iban poco a poco desvaneciendo y al llegar a aquella desafortunada conclusión: «En cuanto llegue su eminencia el cardenal, daremos comienzo a la representación», su voz fue apagada por un trueno de gritos y abucheos.

-¡Empezad ahora mismo! ¡Queremos el misterio(19) ahora mismo! -gritaba el populacho y más alta que ninguna sobresalía la voz de Juan de Molendino, traspasando el griterío como el pífano en una cencerrada de Niza.

-Que comience ahora mismo -chillaba el estudiante.

-¡Fuera Júpiter y el cardenal de Borbón! -vociferaban Robin Poussepain y los otros estudiantes encaramados en la ventana.

-¡Que empiece ya la comedia! -repetía el gentío-. ¡Ahora mismo! ¡Inmediatamente! ¡El saco y la cuerda para los cómicos y el cardenal!

El pobre Júpiter, desconcertado, amedrentado, pálido de terror bajo el maquillaje, dejó caer su rayo, se quitó el bicoquete y saludaba tembloroso y balbuciente: -Su eminencia... los embajadores... Margarita de Flandes...- no sabía qué decir. En el fondo su preocupación era ser colgado. ,

Colgado por el populacho si no empezaban o por el cardenal si lo hacían; en cualquier caso su conclusión era siempre la misma: una horca.

Por fortuna alguien vino a sacarle de aquella incertidumbre y a asumir la responsabilidad del momento.

18. Pierre Gringoire fue un personaje real, nacido en Normandía (1475-1538), al que Victor Hugo reviste con rasgos de fantasía. Dentro del teatro profano escribió, en 1512, *Le jeu du prince der rot* , su obra más celebrada, cuya traducción sería: *El drama (o paso, o representación) del príncipe de los locos*.

19 Véase la nota 3 de este libro. Debería llamarlo «moralité», que sería referente al teatro profano. Esta denominación correspondería al sentido moral y crítico que encierran estas obras. Aquí, para conservar en lo posible fidelidad al texto original, lo hemos traducido por misterio (aunque a veces, para evitar repeticiones, hemos empleado paso, auto o comedia).

Un individuo, que permanecía de pie del lado de acá de la balaustrada, en un espacio libre en torno a la mesa de mármol, y en el que nadie hasta entonces había reparado, pues su figura alta y delgada quedaba totalmente oculta a la vista tras el pilar en el que se apoyaba; este individuo alto, delgado, pálido, rubio, todavía joven aunque se le veían ya arrugas en las sienes y en las mejillas, con ojos vivaces y una boca sonriente, con ropa larga negra, muy gastada y llena de brillo, se acercó a la mesa de mármol e hizo una seña al pobre cómico; pero éste, excitado y nervioso, no le veía.

El recién llegado avazó unos pasos:

-¡Júpiter! -le dijo-. ¡Mi querido Júpiter!

El comediante seguía sin enterarse. Entonces el hombre rubio, impaciente ya, le gritó casi a la cara.

-¡Miguel Giborne!

-¿Quién me está llamando? -preguntó Júpiter sobresaltado, como saliendo de un sueño.

-Yo -respondió el personaje de negro.

-¡Ah! -dijo Júpiter.

-Comenzad ahora mismo; complaced al público. Yo calmaré al bailío; dejadlo de mi cuenta, y él se encargará de tranquilizar al cardenal.

Júpiter pudo por fin respirar.

-¡Señores burgueses! -gritó con toda la fuerza de sus pulmones a la multitud que seguía abucheándole. ¡Vamos a comenzar ahora mismo!

-*Evoe, Jupiter; plaudite, cives* (20) -exclamaron los estudiantes.

-Aplaudid, aplaudid -gritaba el pueblo. A esto siguió una salva de aplausos atronadora que Júpiter aprovechó para colarse bajo la tapicería.

Sin embargo el desconocido personaje que tan mágicamente acababa de trocar *la tempestad en bonanza*, como dice nuestro viejo y querido Corneille, había vuelto a la penumbra de su pilar y allí habría permanecido invisible, inmóvil y mudo, como hasta entonces, de no haberle sacado de aquel sitio dos mujeres que, por hallarse en primera fila, habían observado su breve coloquio con Miguel Giborne, Júpiter.

-Maestro -dijo una de ellas haciéndole señas para que se acercara.

20. ¡Bravo, Júpiter! Aplaudid, ciudadanos.

-Callaos, querida Lienarda -le dijo su compañera, una moza guapa, lozana y muy endomingada-. No es un letrado sino un seglar, así que no hay que llamarle *maestro* sino *micér*.

-¡Eh, micér! -dijo Lienarda.

El desconocido se acercó a la balaustrada.

-¿Qué se les ofrece, señoritas? -preguntó con cortesía.

-¡Oh!, nada, nada -dijo Lienarda un canto turbada-. Es que mi amiga Gisquette la Gencienne desea hablaros.

-¡Oh!, no -prosiguió Gisquette ruborizada-. Es que Lienarda os ha llamado maestro y yo le he indicado que tenía que decir micér.

Las dos jóvenes bajaron la vista y el otro, interesado en entablar conversación, las miraba sonriente.

-Entonces, ¿no tenéis nada más que decirme, señoritas?

-¡Oh, no, no!, nada más -respondió Gisquette.

-No, no; nada más -añadió Lienarda.

El apuesto joven hizo ademán de retirarse, pero a las dos curiosas no les seducía abandonar la presa.

-Micer -dijo abiertamente Gisquette, con el ímpetu de una exclusiva que se abre o de una mujer que coma partido por algo-: ¿Conocéis a ese soldado que va a hacer el papel de Nuestra Señora la Virgen, en la representación del misterio?

-¿Os referís al papel de Júpiter? -dijo el desconocido.

-¡Claro, claro! -dijo Lienarda-. ¡Mira que es tonta! Entonces, ¿conocéis a Júpiter?

-¿A Miguel Giborne?, claro, señora.

-¡Vaya barba que lleva! -añadió Lienarda.

-¿Va a ser bonito lo que van a decir?

-Muy bonito -respondió sin dudarlo el desconocido.

-¿Qué va a ser? -preguntó Lienarda.

-*El buen juicio de Nuestra Señora, la Virgen*. Una obrita que os gustará, señoritas y con moraleja al final.

-Entonces, ¿va a ser diferente? -siguió Lienarda.

Se hizo un breve silencio que rompió el desconocido.

-Es una obra totalmente nueva; sin estrenar aún.

-Entonces -continuó Gisquette- ¿no es la misma que dieron hace dos años, cuando la llegada del señor legado, en la que intervenían tres muchachas que hacían de...

-De sirenas -completó Lienarda.

-Y salían desnudas del todo -añadió el joven.

Lienarda bajó púdicamente los ojos. Gisquette al verla hizo lo mismo. El joven prosiguió hablando sonriente:

-Era muy bonito y muy agradable a la vista; lo de hoy es un auto moral, hecho especialmente para la señorita de Flandes.

-¿Se cantarán serranillas? -preguntó Gisquette.

-¡Ni hablar! -respondió el desconocido. Es una obrita moral; no hay que confundir los géneros; si fuese una farsa cómica, todavía.

-Pues es una pena -dijo Gisquette-; aquel día salían en la fuente de Ponceau hombres y mujeres salvajes que luchaban haciendo grandes gestos y cantando motetes y pastorelas.

-Lo apropiado para un embajador -dijo secamente el desconocido-, puede no serlo para una princesa.

-Y cerca de ellos -interrumpió Lienarda-, y muy bajo, unos cuantos instrumentos tocaban melodías muy bonitas.

-Es verdad, y para refrescar a los que pasaban -decía Gisquette- la fuente manaba chorros de vino, de leche y de hipocras(21) para que bebiera quien quisiera

-Y un poco más abajo del Ponceau -añadió Lienarda-, en la Trinidad se representaba una pasión(22) con personajes pero sin hablar.

-¡Ah, sí! Ya me acuerdo -dijo Gisquette-; Jesús crucificado con los dos ladrones a su derecha y a su izquierda.

Entonces las dos jóvenes, excitadas por el recuerdo de la llegada del legado, comenzaron a hablar a la vez.

-Y antes, en la Porte-aux-Peintres, habíamos visto a mucha gente toda muy bien vestida.

-Y en la fuente de San Inocencio, ¿te acuerdas del cazador aquel que perseguía a una cierva con gran alboroto de trompas y perros?

-Sí; y también en la carnicería de París; acuérdate de todos aquellos andamiajes que representaban la bastilla de Dieppe.

21. Bebida hecha con vino, azúcar, canela y otros ingredientes.

22. En el siglo xv las representaciones de la Pasión eran frecuentes. Empezaron haciéndose como una breve dramatización en el interior de las tglestas y luego, ante la amplitud y expectación que fueron adquiriendo, tuvieron que hacerse en el exterior. A este tipo de representaciones se las conoce con el nombre de misterios.

La tradición del misterio de la pasión se ha perpetuado incluso hasta nuestros días y aún son numerosas las representaciones que de ella se hacen a nivel popular.

En el siglo xv, las representaciones podían extenderse a lo largo de aratro o más días. Así *El misterio de la pasión*, de Arnoul Gréban, representado en 1450 en Paris, tenía 35.000 versos. Otro autor de relieve fue Jean Michel. En 1846, se representó en Angers su *Misterio de la Pasión*, dividido nada menos que en diez jornadas.

-Y cuando pasaba el legado, ¿recuerdas, Gisquette?, dieron la señal de ataque y cortaron la cabeza a todos los ingleses.

-Y también representaban algo junto a la puerta del Châtelet.

-Y en el Pont-au-Change, que estaba también preparado para representaciones.

-Y cuando pasaba el legado dieron suelta en el puente a más de doscientas docenas de los más variados pájaros. Era precioso, ¿verdad, Lienarda?

-Pues hoy será más bonito aún, logró decir su interlocutor que ya estaba impacientado de tanto oírlas.

-¿Nos prometéis que va a ser bonita la representación de hoy? -preguntó Gisquette.

-¡Seguro! -respondió y añadió luego con cierto énfasis-: Señoritas, yo soy el autor.

-¿De verdad? -exclamaron, asombradas, las dos jóvenes a la vez.

-De verdad -respondió el poeta pavoneándose un poco; es decir, lo hemos hecho entre los dos; Juan Marchand que ha serrado las tablas, ha construido el andamiaje y los decorados, y yo que he escrito la obra; me llamo Pierre Gringoire.

Ni el mismo autor del Cid habría dicho con tanto orgullo: Pierre Corneille(23).

Nuestros lectores habrán podido darse cuenta del tiempo transcurrido desde que Júpiter se escondió tras la tapicería, hasta el instante en que el autor de la nueva pieza hizo tales revelaciones ante la ingenua admiración de Gisquette y Lienarda.

Conviene también señalar como cosa extraña que todo aquel gentío que sólo unos minutos antes se mostraba tan tumultuoso, ahora esperaba pacientemente fiándose de las palabras del comediante. Esto confirma una verdad, comprobada a diario en nuestros teatros, y es que la mejor manera de conseguir que el público no se impacienta es

prometerle que la función va a comenzar en seguida. Pero el estudiante Joannes no se había dormido.

23. Autor dramático del clasicismo francés (1606-1684), que escribió, entre otras obras, *El Cid*, estrenada en 1637, y de muy directa inspiración, como buena parte de sus obras, en temas de autores y ambiente españoles; en esta ocasión de *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, publicada en España en 1631.

Del *Cid* puede decirse que es la primera tragedia clásica de la literatura francesa y supuso la gloria para su autor que se vio ennoblecido por el rey Luis XIII.

-¡Eh! -exclamó, en medio de aquella apacible espera, que había seguido al tumulto anterior-. Por júpiter ¡Por la Virgen santísima! ¡Saltimbanquis del demonio! ¿Pero estáis de broma? Venga ya, ¡la obra! ¡La obra!

No hizo falta más.

Del interior del tinglado empezó a sonar una música de instrumentos graves y agudos, al tiempo que se corrían las cortinas para dar paso a cuatro personajes muy maquillados y con vestimenta muy llamativa que comenzaron a subir por aquella empinada escalera; una vez llegados al escenario, se colocaron en fila para saludar al público con grandes reverencias. La música cesó. ¡Comenzaba la representación del misterio.

Los cuatro personajes fueron largamente aplaudidos y, en medio de un silencio religioso, iniciaron un prólogo del que gustosamente vamos a excusar al lector pues, como ocurre aún en nuestros días, el público estaba mucho más pendiente de la vestimenta de los actores que del papel que recitaban y además es comprensible que así sea. Los cuatro iban vestidos de amarillo y blanco a partes iguales que se diferenciaban únicamente en la calidad del tejido: el primero era de brocado, oro y plata, el segundo de seda, el tercero de lana y el otro de lienzo. Además el primer personaje llevaba una espada en la mano, el segundo dos llaves doradas, el tercero una balanza y el cuarto una pala. Además, para completar su simbolismo y facilitar así la comprensión de las inteligencias más perezosas, se podía leer en grandes letras negras bordadas: ME LLAMO NOBLEZA en la parte superior de la túnica del brocado; ME LLAMO CLERO, sobre la túnica de seda; ME LLAMO MERCANCÍA, en la de lana y ME LLAMO TRABAJO, en la parte inferior de la de tela.

Las túnicas más cortas indicaban claramente al espectador atento el sexo masculino de los que las llevaban así como su tocado que completaba la alegoría, mientras que las otras dos alegorías femeninas estaban representadas por túnicas más largas e iban adornadas con caperuzas.

Habría que carecer de muy mucho de imaginación para no llegar a interpretar, ayudados por la exposición poética del prólogo, que el trabajo estaba casado con Mercancía a igual tiempo Clérigo con Nobleza y que además las dos felices parejas poseían como patrimonio común un delfín de oro para adjudicarlo a la más bella de las mujeres. Juntos iban, pues, por el mundo a la búsqueda de tal belleza. Después de haber descartado sucesivamente a la reina Golconda, a la princesa Trebizonda, a la hija del Gran Khan del Tartaria, etc., Trabajo y Clero, Nobleza y Mercancía, habían venido a descansar sobre la mesa de mármol del Palacio de Justicia y allí, ante tan honorable auditorio, exponían tantas máximas y sentencias como pudieran oírse en los exámenes de la

facultad de bellas artes, como sofismas, sentencias, conclusiones, figuras y actas necesarias para obtener una licenciatura.

Todo aquello era hermoso ciertamente.

Pero entre toda aquella gente a quienes las cuatro alegorías vertían a porfía oleadas de metáforas, no había oídos más atentos, ni corazón más dispuesto, ni mirada más perspicaz, ni cuello más tenso que los oídos, la mirada, el cuello o el corazón del autor, nuestro bravo poeta Pierre Gringoire, el mismo que no había resistido poco antes al gozo de revelar su nombre a las dos guapas mozuelas. Había vuelto a su pilar y, desde allí, muy cerca de ellas, escuchaba, observaba y saboreaba.

Los generosos aplausos con que sé había acogido el comienzo de su prólogo, le resonaban aún en su interior y se encontraba totalmente absorto en esa especie de contemplación estática en la que un autor ve surgir, una a una, todas sus ideas, por boca de los actores, entre el silencio de todo el auditorio. ¡Feliz Pierre Gringoire!

Es penoso decirlo, pero este primer éxtasis se vio muy pronto turbado. Apenas si Gringoire había acercado a sus labios esa copa embriagadora de felicidad y de triunfo, cuando hubo ya de degustar una gota de amargura.

Un mendigo harapiento, a quien nadie daba limosna perdido entre tanta gente y que no se sentía satisfecho con lo robado, había decidido encaramarse a algún lugar bien visible para así atraer miradas y limosnas.

Así pues, se había subido, durante la recitación de los primeros versos del prólogo, apoyándose en el pilar del estrado, hasta la cornisa que bordeaba la balaustrada en su parte inferior, y allí estaba sentado, ante todo el gentío, en demanda de piedad y de limosna, mostrando sus harapos y una repugnante llaga que le cubría el brazo derecho. Por lo demás no decía ni una sola palabra.

Como permanecía en silencio, pudo leerse el prólogo sin ningún inconveniente y ningún desorden se habría producido si la mala fortuna no hubiera permitido que Joannes, el estudiante, le descubriera, desde lo alto de su pilar, haciendo muecas y gesticulando. El verle así provocó en el festivo joven una risa contagiosa y, sin preocuparse de si interrumpía o no el espectáculo a importándole muy poco la atención de los espectadores, gritó alegremente.

-¡Caramba! ¡Mira ese canijo tullido a donde se ha subido para pedir limosna!

Quien haya lanzado una piedra a una charca llena de ranas o haya hecho un disparo en medio de una bandada de pájaros puede hacerse una idea del efecto que aquellas palabras incongruentes provocaron en medio del silencio general de la sala.

Gringoire se estremeció como sacudido por una descarga eléctrica. El prólogo se cortó y todas las cabezas se volvieron de golpe hacia el mendigo que, lejos de desconcertarse por el incidente, vio en él la mejor ocasión para una buena cosecha y se puso a decir con tono lastimero, medio cerrando los ojos.

-¡Una caridad por el amor de Dios!

-¡Que el diablo me lleve! -exclamó Joannes, ¡pero si es Clopin Trouillefou! Qué, amigo, ¿tanto te molestaba tu herida de la pierna que has tenido que pasártela al brazo?

Y al decir esto lanzó con la habilidad de un mono un ochavo en el mugriento sombrero que el mendigo extendía con su brazo llagado. El mendigo recibió sin inmutarse la limosna y el sarcasmo, y prosiguió con un tono lastimero:

-¡Una caridad por el amor de Dios!

Este episodio había distraído enormemente al auditorio y un buen número de espectadores, Robin Poussepain y los otros estudiantes, aplaudían alegremente al dúo tan original que acababan de improvisar, en medio del prólogo, el estudiante con su voz chillona y el mendigo con su imperturbable salmodia.

Gringoire estaba indignadísimo y, una vez rehecho de su estupor, se desgañitaba gritando casi a los cuatro actores en escena:

-¡Seguid, demonios, seguid!- sin dignarse echar siquiera una mirada de desdén a aquellos provocadores.

En aquel instante sintió que alguien le tiraba de la capa; se volvió un tanto malhumorado y se esforzó en forzar una sonrisa, que bien lo merecía la ocasión, pues se trataba del bonito brazo de Gisquette la Gencienne que, a través de la balaustrada, solicitaba de esta manera su atención.

-Señor, ¿van a continuar con la representación?

-¡Claro! -respondió Gringoire, extrañado por cal pregunta.

-Entonces, micer, tendríais la gentileza de explicarme...

-¿Lo que van a decir? -le interrumpió Gringoire-. Pues sí; escuchadlos...

-No, no -dijo Gisquette-; lo que han dicho hasta ahora.

Gringoire dio un respingo como alguien a quien le hurgan en una herida.

-¡Lo que hay que oír! Niña tonta y obtusa-, masculló entre dientes.

Desde entonces Gisquette dejó de interesarle lo más mínimo.

Pero los comediantes habían obedecido a las invectivas de Gringoire, y el público, al ver que seguían hablando y actuando, se puso nuevamente a escuchar aunque ya había perdido un tanto el interés de la pieza con aquel corte tan bruscamente producido entre las dos partes. Así lo comentaba en voz baja el mismo Gringoire.

Poco a poco la tranquilidad fue completa pues el estudiante no decía ya nada más y el mendigo debía estar contando las monedas que había en su sombrero. La obra seguía, pues, nuevamente su ritmo.

Se trataba en realidad de una pieza muy bonita que hoy mismo, con algún arreglo, podría representarse y con éxito. La exposición, un poco larga quizás y un canto hueca, conforme a las reglas, era sencilla. Gringoire, en el cándido santuario de su fuero interno, admiraba su claridad y su precisión. Como es de suponer, los cuatro personajes alegóricos se mostraban ya un tanto cansados de haber recorrido las tres partes del mundo sin llegar a Poder deshacerse, en justicia, de su delfín de oro. Al llegar a este punto, comenzaron a hacer mil alabanzas del maravilloso pez con delicadas alusiones al prornetido(24) de Margarita de Flandes, a la sazón tristemente recluido en Amboise y sin llegar a imaginar todavía que Trabajo, Clero, Nobleza y Mercancía -acababan de dar la vuelta al mundo justamente por él.

24. Se refiere a Carlos VIII, que entonces contaba con doce años solamente.

Así, pues, el mencionado delfín era joven, apuesto, gallardo y sobre todo -origen magnífico de todas las virtudes reales- era hijo del león de Francia.

Confieso que esta atrevida metáfora es magnífica y que la historia natural del teatro, en un día de alegrías y de epitalamios regios, no tiene por qué rechazar que un delfín

pueda ser hijo de un león. Son justamente esos raros y pindáricos cruces los que prueban el entusiasmo.

Pero para que no todo sean alabanzas hay que decir que el poeta debería haber desarrollado su original idea en algo menos de los doscientos versos que empleó, aunque fuese obligado, por disposición del preboste, hacer durar la representación del misterio desde el mediodía hasta las cuatro y ¡algo hay que decir para llenar ese tiempo! Además el público lo escuchaba pacientemente.

De pronto, en medio de una discusión entre la señorita Mercancía y doña Nobleza, justo en el instante mismo en el que maese Trabajo pronunciaba aquel verso admirable: «*Onc ne vis daps les bois bête plus triomphante*» (25). La puerta del estrado, tan inconvenientemente cerrada hasta entonces, se abrió en el momento más inoportuno, haciendo coincidir el último verso con la voz resonante del ujier que anunció secamente: -*Su eminencia el Cardenal de Borbón*.

25. Jamás se vió en los bosques bestia más triunfante.

III

MONSEÑOR EL CARDENAL

Pobre Gringoire! El estruendo de todos los bombazos de la noche de San Juan o la descarga cerrada de veinte arcabuces o la detonación de aquella famosa traca de la Tour de Billy que, durante el asedio de París aquel domingo 29 de septiembre de 1465, mató de golpe a siete borgoñeses, o la explosión de toda la pólvora almacenada en la Porte du Temple, le habrían desgarrado con menos rudeza los oídos, en aquel momento solemne y democrático, que aquellas breves palabras, salidas de la boca del ujier: «*Su eminencia el Cardenal de Borbón*.»

No es que Pierre Gringoire temiese a monseñor el Cardenal o le desdeñara pues no tenía ni esa cobardía ni ese atrevimiento; era un verdadero ecléctico, como hoy se diría; era uno de esos espíritus elevados y firmes, moderados y serenos, que siempre saben mantener el justo medio (*stare in dimidio rerum*) y que son verdaderos filósofos liberales y razonables, sin negar su categoría a los cardenales. Raza preciosa y nunca extinguida la de estos filósofos a quienes la prudencia, como si de una nueva Adriana se tratara, parece haber dado un ovillo de hilo, que, por a poco, van devanando desde el origen del mundo a través del laberinto de los acontecimientos humanos.

Aparecen en todas las épocas, siempre los mismos, es decir conformes al tiempo en que viven y, sin contar a nuestro Pierre Gringoire que sería su representante en el siglo XV, si llegáramos a concederle la categoría que merece sería ciertamente el espíritu de estos filósofos el que animaba al padre du Breul cuando escribía, allá en el siglo XVI, estas palabras, sublimes en su ingenuidad y dignas de cualquier siglo: «Soy parisino de origen y *parrhisino* en el hablar, puesto que en griego *Parrhisia* significa libertad de hablar y ésta la he utilizado incluso con sus eminencias los cardenales, el tío y el hermano del príncipe de Conty: siempre con respeto a su categoría y sin ofender a nadie de su séquito que resulta en todas las ocasiones muy numeroso.»

Así, pues, no existía ni odio al cardenal, ni desdén hacia su presencia en la impresión desagradable que ésta produjo en Pierre Gringoire. Antes al contrario, nuestro poeta tenía el buen juicio suficiente y una blusa demasiado raída para no conceder la nece-

saría importancia al hecho que muchas de las alusiones de su prólogo, particularmente la glorificación del delfín, como hijo del león de Francia, fueran a ser recogidas por el eminentísimo oído del cardenal. Sin embargo, no es el interés ciertamente el que priva en la naturaleza de los poetas. Copsiderando que la entidad de un poeta pueda estat catalogada con la calificación de diez al ser analizada por un químico -o farmacopolizada como diría Rabelais-, la encontraría compuesta por una parte de interés y nueve de amor propio. Ahora bien, en el momento de abrir la puerta al cardenal, las nueve partes del amor propio de Gringoire, hinchadas y tumefactas por la admiración popular, se hallaban en un estado prodigioso de crecimiento, bajo cuya presión desaparecería, ahogada, esa mínima molécula de interés que acabamos de citar como componente de los poetas; ingrediente precioso por otra parte, lastre de realismo y de humanidad, sin cuya existencia no podrían pisar la tierra.

Gringoire gozaba al sentir, al ver, al palpar, podríamos decir, la presencia de un gran público -de pícaros y de bribones en buena parte, es cierto, pero de un gran público al fin-, de un público estupefacto, petrificado y como asfixiado ante las inconmensurables tiradas que brotaban sin cesar de cada una de las panes de su epitalamio.

Puedo asegurar que él mismo compartía la aprobación general y que, opuestamente a La Fontaine, que en la representación de su comedia El florentino preguntaba: «¿*Quién es el zopenco que ha compuesto esta comedia?*» Gringoire habría preguntado gustosamente: «¿*De quién es esta obra maestra?*» Júzguese, pues, el efecto que en él produjo la brusca a intempestiva aparición del cardenal.

Desgraciadamente ocurrió lo que él temía ya que la aparición de su eminencia trastornó a los espectadores. Todas las cabezas se volvieron hacia el estrado y ya no había manera de entenderse:

-¡El cardenal! ¡El cardenal! -repetían a coro, interrumpiendo por segunda vez el desventurado prólogo.

El cardenal se detuvo un momento en el umbral, paseando indiferente su mirada por todo el auditorio, hecho que provocó el delirio. Todos pretendían verle mejor y empujaban a los demás y metían sus cabezas por entre los hombros de los de delante.

Se trataba de un personaje de gran relieve y el verle era más importante que cualquier representación. Carlos, cardenal de Borbón, arzobispo y conde de Lyon, primado de las Galias, estaba a la vez emparentado con Luis XI por parte de su hermano Pedro, señor de Beaujeu, casado con la hija mayor del rey. También emparentaba con Carlos el Temerario por parte de su madre Agnés de Borgoña. Ahora bien, el rasgo dominante, el rasgo que distinguía y definía el carácter del primado de las Galias, era su espíritu cortesano y su devoción al poder.

Podemos imaginar los innumerables apuros que este doble parentesco le habían acarreado, los escollos y tempestades que su barca espiritual tuvo que sortear para no estrellarse ni con Luis ni con Carlos; ese Caribdis y ese Escila que habían devorado nada menos que al duque de Nemours y al condestable de Saint-Paul. Gracias al cielo se había defendido bien en aquella travesía y había conseguido llegar a Roma sin tropiezos. Pero aunque se encontrara ya a salvo, en puerto, o precisamente por eso mismo, nunca recordaba sin inquietud los diversos avatares de su vida política, tan laboriosa siempre y con tantos contratiempos. Tenía la costumbre de decir que el año de 1476 había sido para él, el negro y Marco, ya que en ese mismo año, habían muerto su

madre, la duquesa de Bourbonnais y su primo el duque de Borgoña, y que un luto le había consolado del otro.

Además era también un buen hombre; llevaba una vida alegre, de cardenal, y degustaba con placer los vinos reales de Challuau. Tampoco despreciaba a Ricarda la Garmoise, ni a Tomasa la Gaillarde y prefería dar limosna a lindas jóvenes más que a mujeres ya viejas; razones todas ellas por las que caía muy simpático al populacho de París.

No se desplazaba si no era rodeado de una pequeña corte de obispos y ábates de alto linaje, galantes, decididos y prestos a divertirse si la ocasión lo requería. En más de una ocasión las beatas de Saint-Germain-d'Auxerre, al pasar, anochecido ya, bajo las ventanas iluminadas de la residencia del Borbón, se habían escandalizado al oír que las mismas voces que habían cantado las vísperas durante el día, salmodiaban ahora, entre un entrecuchar de copas, el proverbio báquico de Renedicto XII, aquel papa que añadió una tercera corona a la tiara: «Bibamus papaliter» (26).

26. Bebamos a tu papa. Benedicto XII, papa de Aviñón, 1334-1342. Este piadoso benedictino fue administrador íntegro, pero los historiadores italianos lo pintan con gran inclinación hacia la buena comida y los buenos vinos. De ahí la indicación de Víctor Hugo.

Su popularidad, tan justamente adquirida, le preservó de un mal recibimiento por parte de la multitud que poco antes se mostraba tan disconforme con su retraso y muy poco dispuesta a respetar a un cardenal, justo en el mismo día en que iban a elegir a un papa. Pero los parisinos son poco rencorosos y como además se había comenzado la representación sin su presencia, era como si los buenos burgueses hubieran quedado un poco por encima de él, y se áaban por satisfechos.

Por otra parte, como el cardenal era un hombre apuesto y llevaba un hermoso ropaje de color rojo, que le iba muy bien, tenía de parte suya a las mujeres, es decir, a la mitad del auditorio. Tampoco sería justo ni de buen gusto chillar a un cardenal por haberse hecho esperar, tratándose de un hombre tan apuesto y al que tan bien le iban los ropajes de color rojo.

Así que entró, saludó luego a la asistencia, con esa sonrisa hereditaria que los grandes tienen para con el pueblo, y se dirigió lentamente hacia su butaca de terciopelo escarlata con aspecto de estar pensando en otras cosas.

Su cortejo -al que vamos a llamar su estado mayor- de obispos y de ábates siguió hacia el estrado, con gran revuelo y curiosidad por parte de la asistencia.

La gente presumía señalándolos, diciendo a quién de todos ellos conocía: uno indicaba quién era el obispo de Marsella, Alaudet, si no recuerdo mal; otro señalaba al chantre de Saint-Denis o a Robert de Lespinasse, abad de Saint-Germain-des-Prés, hermano libertino de una de las amantes de Luis XI..., todo ello, en fin, dicho con errores y cacofonías. Los estudiantes, por su parte, seguían con sus palabrotas; era su día; la fiesta de los locos; su fiesta saturnal; la orgía anual de la curia y de las escuelas. Ese día no existían salvajadas a las que no se tuviese derecho, como si de cosas sagradas se tratara. Además se hallaban entre el gentío muchas mujeres alegres, como Simona Quatrelires, Inés la Gadina o Robin Piédebou; así que, lo menos que se podía hacer en aquella fecha,

era decir salvajadas, maldecir de Dios de vez en cuando, sobre todo estando, como estaban, en buena compañía de gentes de iglesia y de chicas alegres. No se privaban de ello y, en medio de todo aquel jaleo, se oían blasfemias y procacidades, salidas de todas aquellas lenguas desatadas de clérigos y estudiantes, que habían estado amordazadas durante el resto del año, por temor al hierro rojo de San Luis. ¡Cómo se burlaban de él en el propio Palacio de Justicia! ¡Pobre San Luis!

Arremetían contra los recién llegados al estrado y atacaban al de sotana negra o blanca, gris o violeta. Joannes Frollo de Molendino, como hermano que era de un archidiácono, había arremetido osadamente contra la sotana roja y cantaba a voz en grito, clavando sus ojos descarados en el cardenal: «*Capra repelta mero*».(27)

27. Capa llena de vino. Refiriéndose a la *cappa magna* de los cardenales.

Todos estos detalles que, para edificación del lector, exponemos al desnudo, estaban de cal manera mezclados con el bullicio general que prácticamente quedaban ahogados antes de llegar al estrado reservado a los personajes. Además el cardenal no se habría sentido muy impresionado por los excesos de aquel día, dado el arraigo que el pueblo tenía por estas tradiciones. Le preocupaba mucho más y su aspecto así lo denotaba, algo que le seguía de cerca y que hizo su aparición en el estrado casi al mismo tiempo que él: la delegación flamenca.

No es que él fuera un político profundo ni que le preocuparan nada las posibles consecuencias de la boda de su señora prima, Margarita de Borgoña con su señor primo Carlos, el delfín de Viena, ni cuánto pudieran durar las buenas relaciones, un tanto deterioradas ya, entre el duque de Austria y el rey de Francia, ni cómo tomaría el rey de Inglaterra este desdén hacia su hija. Todo eso le inquietaba muy poco y no le impedía degustar cada noche el buen vino de las cosechas reales de Chaillot, sin sospechar que acaso algunos frascos de aquel vino (un poco revisado y corregido, es cierto, por el médico Coictier), cordialmente ofrecidos a Eduardo IV por Luis XI, librarían un buen día a Luis XI de Eduardo IV.

La muy honorable embajada de monseñor el duque de Austria no traía al cardenal ninguna de las preocupaciones reseñadas. Le preocupaba más bien en otros aspectos porque, en efecto, era bastante penoso y ya hemos aludido a ello en este mismo libro, el verse obligado a festejar y a acoger con buen semblante, él, Carlos de Borbón, a unos burgueses de poca monta; él, todo un cardenal, a unos simples regidores; él, un francés, amable degustador de buenos vinos, a unos flamencos, vulgares bebedores de cerveza; y todo ello en público. Era ciertamente uno de los gestos más fastidiosos que nunca habría hecho para complacer al rey.

Así, pues, cuando el ujier anunció con su voz sonora: «*Sus señorías, los enviados del señor duque de Austria*», él se volvió hacia la puerta, con las más cuidadosas maneras del mundo. Ni que decir tiene que, al verlos, toda la sala hizo lo mismo.

Entonces fueron entrando de dos en dos -con una seriedad que contrastaba con el ambiente petulante del cortejo eclesiástico del cardenal de Borbón- los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria, figurando en cabeza el muy reverendo padre Jehan, abad de Saint-Bertain, canceller del Toisón de Oro y Jacques de Goy, señor de Dauby, gran bailío de Gante. Se produjo en la asamblea un gran silencio, acompañado

de risas reprimidas al escuchar todos aquellos nombres estrambóticos y todos aquellos títulos burgueses que cada personaje comunicaba imperturbablemente al ujier, para que éste los anunciase inmediatamente, mezclando y confundiendo sus nombres y títulos.

Eran maese Loys Roelof, magistado de la villa de Lovaina, micer Clays d'Estuelde, concejal de Bruselas, micer Paul de Baeust, señor de Voirmizelle presidente de Flandes; maese Jean Coleghens, burgomaestre de la villa de Anvers; maese George de la Moere, primer magistrado de la villa de Gante; micer Gheldof Van der Hage, primer concejal de los parchones de la misma villa... y el señor de Bierbecque y Jean Pinnock y Jean Dymaerzelle..., etc., bailíos, magistrados, burgomaestres; burgomaestres, magistrados y bailíos, tiesos todos, envarados, almidonados, endomingados con terciopelos y damascos con birretes de terciopelo negro y grandes borlas bordeadas con hilo de oro de Chipre; honorables cabezas después de todo; dignas y severas figuras del mismo corte de las que Rembrand pinta tan serias y graves sobre el fondo negro en su *Ronda de Noche*; personajes todos que llevaban inscrito en su frente que Maximiliano de Austria había tenido razón en *confiarse de lleno*, como decía en su manifiesto, *a su buen sentido, valor, experiencia, lealtad y hombría de bien*.

Pero había una excepción: se trataba de un personaje de rostro fino, inteligente, astuto, con una especie de hocico de mono y diplomático, ante quien el cardenal dio tres pasos a hizo una profunda reverencia y que tan sólo se llamaba *Guillermo Rym, consejero y pensionario de la villa de Gante*.

Muy pocas personas conocían entonces la identidad de Guillermo Rym, raro genio que, de haber vivido en tiempos de la revolución, habría brillado con luz propia, pero que en el siglo xv se veía reducido a actuar soterradamente y a *vivir en las intrigas*, como dice el duque de Saint-Simon.

Era muy estimado por el intrigante más destacado de Europa.

Maquinaba familiarmente con Luis XI y con frecuencia metía la mano en los proyectos secretos del rey.

De rodo esto, claro, era ignorante aquel gentío que se maravillaba viendo cómo su cardenal hacía reverencias a aquel enclenque personaje del bailío flamenco.

IV

MAESE JACQUES COPPENOLE

MIENTRAS el pensionario de Gante y su eminencia el cardenal cambiaban una profunda reverencia y algunas palabras en voz baja, un hombre alto, fornido de hombros y de cara larga, pretendía entrar al mismo tiempo que Guillermo. Habríase dicho un dogo persiguiendo a un zorro. Su gorro de fieltro y su chaqueta de cuero chocaban con los cuidados terciopelos y las finas sedas de su entorno. Juzgándole por un palafrenero cualquiera, el ujier le detuvo.

-¡Eh, amigo! ¡No se puede pasar!

El hombre de la chaqueta de cuero le rechazó de un empujón.

-¿Qué pretende este tipo? -preguntó con un tono de voz, que atrajo la atención de la sala hacia el extraño coloquio-. ¿No ves quién soy?

-¿Vuestro nombre? -preguntó el ujier.

Jacques Coppenole.

-¿Vuestros títulos?

-Calcetero; del comercio conocido por Las tres cadenetar, en Gante.

El ujier quedó desconcertado. Pase el anunciar concejales y burgomaestres, pero anunciar a un calcetero... era demasiado. El cardenal estaba sobre ascuas. El pueblo escuchaba y miraba. Dos días llevaba su eminencia intentado peinar a aquellos osos flamencos para hacerlos un poco más presentables en público; pero aquella inconveniencia era ya demasiado. Guillermo Rym, con su fina sonrisa, se acercó al ujier.

-Anunciad a maese Jacques Coppenole, secretario de los concejales de la villa de Gante -le sugirió en voz baja.

-Ujier -confirmó el cardenal en alta voz-, anunciad a maese Jacques Coppenole, secretario de los concejales de la ilustre villa de Gante.

Esto fue un error porque Guillermo Rym, él solo, habría arreglado aquel embrollo, pero Coppenole había oído las palabras del cardenal.

-¡Ni hablar! ¡Por los clavos de Cristo! -gritó con su voz de trueno-. ¿Jacques Coppenole, calcetero! ¿Me has oído, ujier?, ni más ni menos. ¡Por los clavos de Cristo! Calcetero es bastante importante y más de una vez monseñor el archiduque ha venido a mi comercio.

Estallaron risas y aplausos, pues cosas así las comprende y las aplaude en seguida el pueblo de París.

Conviene saber que Coppenole era un hombre del pueblo y el pueblo era el público allí congregado; por eso la comunicación entre ambos había sido rápida; casi como un chispazo. Aquella altiva salida del calcetero flamenco, humillando a la gente de la corte, había removido en el corazón de aquellos plebeyos no sé qué sentimiento de orgullo y dignidad, todavía un tanto impreciso en el siglo xv. Aquel calcetero, que acababa de plantarle cara al cardenal, era como ellos, era de su clase, y representaba ciertamente un sentimiento agradable para unos pobres infelices, acostumbrados al respeto y a la obediencia hacia los criados mismos de los guardias del bailío o del abad de Santa Genoveva, servidor a su vez del cardenal.

Coppenole saludó con altivez a su eminencia que, a su vez devolvió el saludo a aquel poderoso burgués, temido de Luis XI. Después, mientras Guillermo Rym, hombre prudente y maligno, como dice Philippe de Comines, les seguía con una sonrisa burlesca y de superioridad, se dirigió cada uno a su sitio; el cardenal nervioso y preocupado, Coppenole tranquilo y altivo, pensando sin duda que, después de todo, su título de calcetero era tan importante como cualquier otro y que María de Borgoña, madre de esta Margarita, cuyas bodas concertaba hoy Coppenole, le hubiera temido menos como cardenal que como calcetero. ¿Por qué? Pues porque un cardenal no habría podido amotinar a los ganteses contra los partidarios de la hija de Carlos el Temerario. Tampoco habría servido un cardenal para animar a la muchedumbre con unas palabras y que ésta resistiera a sus lágrimas y a sus ruegos, cuando la señorita de Flandes fue a suplicar por ellos ante el pueblo al pie mismo del patíbulo. El calcetero sin embargo sólo tuvo que levantar su brazo, revestido de cuero, para hacer rodar vuestras dos cabezas, ilustrísimos señores Guy de Hymbercourt y canciller Guillermo Hugonet.

Pero aún no había pasado todo para el pobre cardenal; aún tenía que apurar hasta la última gota el cáliz de la mala compañía en que se encontraba.

Seguro que el lector no se habrá olvidado del descarado mendigo, colocado desde el comienzo del prólogo a los bordes del estrado cardenalicio. La llegada de tan ilustres

huéspedes no le había desplazado de aquel lugar y, mientras prelados y embajadores se apretujaban como auténticos arenques flamencos en los asientos de la tribuna, él se había puesto cómodo, cruzando tranquilamente sus piernas sobre el arquitrabe. Era de una insolencia increíble, no observada en principio por nadie, pues la atención se centraba en otros puntos; tampoco él estaba pendiente de lo que ocurría en la sala y balanceaba su cabeza con una despreocupación de napolitano, repitiendo de vez en cuando, entre el rumor general: «Una limosna, por caridad.»

Seguramente había sido el único de entre los asistentes que no se había dignado volver la cabeza cuando el altercado entre Coppenole y el ujier. Ahora bien, quiso la casualidad que el maestro calcetero de Gante, con quien el pueblo simpatizaba ya vivamente y en quien todas las miradas estaban clavadas, fuera a sentarse precisamente en la primera fila del estrado, encima del mendigo; y la sorpresa no fue pequeña cuando todos pudieron ver cómo el embajador flamenco, después de haber examinado al extravagante tipo sentado bajo sus ojos, le daba una palmada amistosa en el hombro cubierto de harapos. El mendigo se volvió y los dos rostros reflejaron la sorpresa, el reconocimiento y la alegría... Después sin preocuparse para nada de los espectadores, el calcetero y el lisiado se pusieron a hablar en voz baja apretándose las manos, mientras que los andrajos de Clopin Trouillefou, extendidos sobre el paño dorado del estrado, daban más bien la impresión de un gusano en una naranja.

La originalidad de esta escena tan singular provocó tales rumores de locura y de satisfacción entre el gentío que no pasó mucho tiempo sin que el cardenal se apercibiera de ello. Entonces se asomó y, no pudiendo ver desde donde estaba, más que de una manera muy incómoda e imperfecta, la casaca ignominiosa de Trouillefou, dedujo claramente que el mendigo andaba pidiendo limosna e, indignado por su audacia, exclamó:

-Señor bailío del palacio, hacedme el favor de lanzar a ese tipejo al río.

-¡Por los clavos de Cristo!, señor cardenal -dijo Coppenole, sin dejar la mano de Clopin:- ¡Si es uno de mis amigos!

-¡Bravo! ¡Bravo! -gritaron todos. Desde entonces maese Coppenole gozó en París, como en Gante, de un gran prettigio entre el pueblo pues la.r personas como él lo tienen cuando actúan con eta desenvoltura, dire Philippe de Comines.

El cardenal se mordió los labios y, volviéndose hacia su vecino, el abad de Santa Genoveva, le dijo a media voz:

-Valientes embajadores nos envía el señor archiduque para anunciarnos a su madame Margarita.

-Vuestra eminencia -le respondió el abad- se excede en cortesías con estos cochinos flamencos. *Margaritas ante porcos.*

-Más bien habría que decir -le respondió el cardenal con una sonrisa-: *Porcos ante Margaritam.*

Todo el cortejo de sotanas se maravilló con aquel juego de palabras, lo que tranquilizó un tanto al cardenal pues con ello había quedado en paz con Coppenole, al ser también aplaudido su retruécano.

Permítasenos preguntar a aquellos de nuestros lectores que tienen capacidad de generalizar una imagen y una idea, si se imaginan claramente el espectáculo que ofrecía, en el instante en que solicitamos su atención, aquel enorme paralelogramo que